

Triniverso

/ por "Quars"

El viento soplaba con una fuerza constante, arremolinando con gracia las blancas hojas de los cerezos a su alrededor. La enorme y quieta casa de madera con techos arqueados descansaba a sus espaldas, una pequeña fogata serena a su derecha. Frente a él apenas se movían las aguas claras del estanque donde crecían enormes peces dorados que querían imitar al sol. Y él *-cosmonauta suspendido fuera del tiempo-* buscaba la contemplación sin pestañear, con los ojos bien abiertos. Visitaba ese sitio todas las noches para reencontrarse, pasar un tiempo a solas, conectar con el único lugar donde podía sentirse tranquilo y encender una chispa de esperanza. El escenario era un diseño propio y muy personal: la imagen perfecta de un tranquilo descanso oriental, pincelado a pixeladas cada noche, formado por la paciencia de los meses y el desgaste de sus ojos. La casa tenía un gran detalle en la fachada pero dentro no había ningún cuarto, mueble ni textura alguna; su trabajo se había vuelto obsesivo en el perfeccionamiento de todo lo que le rodeaba al sentarse junto al fuego. Era un obstinado esteta. Más allá del círculo de cerezos y los pocos bambús desperdigados no había más que oscuridad. Suprimió todos los puertos de conexión, su escenario estaba aislado de toda comunicación interhumana en la red virtual. Sus pocos amigos no entendían por qué se empeñaba en entrar a diario en un lugar desierto. Cada noche buscaba lo mismo, aunque no sabía definir exactamente qué era. Tenía apenas unas vagas imágenes, símbolos y sentimientos de algo indefinible *-un espejo entre espejos,*

una máscara que es mil máscaras y también una silueta ominosa, una esfera atiborrada de ojos con el eje siempre visible y la circunferencia oculta, miles de ojos girando dentro de ella. No eran otra cosa que disfraces, ideas que su inconsciente pincelaba con esmero para engancharse a la otra realidad por un sentimiento de búsqueda que le dictaba la necesidad de conectarse a su propio mundo virtual de perfección, noche tras noche.

Los pixeles de su mundo se alineaban en figuras melódicas y matices armónicos, un claroscuro que definía su más íntimo anhelo de paz, reflejo de lo que debe posibilitar la verdadera santidad. Sin embargo la pantalla reflejaba algo bien distinto: unos ojos hundidos hasta el fondo del abismo, anclados a la vigilia por el mecanismo de una dosis de cafeína cada hora, globos vidriosos enmarcados por unas finísimas pero abundantes venillas rojas que asemejaban el sol surreal de un mundo de azufre. Ojos que descansaban sobre una copiosa alfombra de ojeras que se escurría por los confines de unos redondos pómulos calcáreos. Debajo de esos anuncios de muerte y demonios estaba una tupida barba grasosa y húmeda que atesoraba los olores de todo cuanto tocaba. Y muy en el fondo una pequeña boca que trataba de pasar desapercibida, traicionando su camuflaje al asomar cada dos minutos en un gesto involuntario dos filillas de dientes amarillentos y picados, resentidos por tanta cafeína, alcohol, cigarrillos y expresiones vulgares.

Unas cuantas horas cada noche ahí sentado, concentradísimo en el intento de tomar conciencia del avatar en su pantalla y poder intercambiar las realidades hasta que, al cabo de dos horas, su cuerpo le exigía vaciar sus líquidos y renovar el suministro de cafeína, con su infatigable necesidad de cigarrillos. Casi sincronizada con esta demanda biológica se

abría la mampara de su cabina y el administrador le tocaba el hombro para decirle que su tiempo esa noche había terminado.

A las 19:15, sin falta, tenía lugar ese ritual de desdoblamiento en su avatar virtual. Primero añadía unas cuantas pinceladas al lago, al fuego, a las diferentes texturas del piso y a la entrada de la casa, todo para disimular la mentira proyectada. Después venía la dedicación a buscar la iluminación - *o el olvido*- hasta que terminada la sesión se sentía un poco más cerca de la perfección.

Es una pena que no todos los días acontezcan con regularidad, pues llegó una fatal noche en que un grupo de piratas cibernéticos entraron en los servidores de su realidad alterna para tratar de robar los datos personales de todos los usuarios. Tan pronto como el sistema detectó a los intrusos cerró todo acceso y los puertos de comunicación. Con su ego herido, los profesionales quisieron tomar venganza. Rompieron el sistema de bloqueo en un parpadeo y borrarón toda la base de datos, dejando los servidores en la blancura total.

Esa noche nuestro amigo tuvo un simulacro de infarto. No podía siquiera abrir la página principal para entrar a su cuenta. Tecleó en el buscador noticias sobre la falla: leyó las decenas de encabezados de último momento y la bilis comenzó a supurar desde dentro como un volcán silencioso. La presión ascendía a cada nueva palabra leída y su estupor se transformó en rabia y desasosiego. Entonces, sólo en la cabina, no pudo evitar mirar su reflejo frente a la pantalla. La rabia se volvió dolor y pena ante la imagen que el ojo incrustado en su trono carmesí obtenía de sí mismo. Tuvo vergüenza, sintió lástima de su vida desperdiciada y en su desesperación concentró todas sus fuerzas en el puño derecho. De un gancho devastador atravesó el cristal de la pantalla, rompiéndolo en miles de

pequeñísimos fragmentos que reflejaban cada uno la faz irreconciliable de lo que era, mientras contrastaba en su memoria la imagen de lo que alguna vez fue. Su puño ensangrentado se detuvo en la fuente de poder y los transistores gráficos, que aún estaban en funcionamiento. La descarga fue fulminante. Le bastaron 5 segundos para recibir la energía que su cuerpo usaría en todo un año. Cayó de espaldas tirando con su trayectoria la silla tras de él, rodeado de una nube de humo y un ligero olor a tejidos chamuscados. El administrador abrió la mampara y observó en silencio el desagradable espectáculo a sus pies. Después de comprobar que seguía respirando llamó pausadamente a los servicios de emergencia.

Mientras su cuerpo avanzaba vertiginosamente sobre la autopista, nuestro demonio era vapuleado por descargas eléctricas que buscaban traer de vuelta a su conciencia, mas ésta se había adentrado tanto en el núcleo de su mente que no percibía nada en sus terminaciones nerviosas. Adentro de él sucedían con fluidez diálogos inconexos entre distintas representaciones de sí mismo y recuerdos, slogans de comerciales que escuchó como ruido de fondo y onomatopeyas. Era como si después de haber vivido proyectado hacia afuera, la energía de su conciencia volviera a avanzar hacia dentro de sí - *como un modelo de energía toroide*. Sus recuerdos estaban mezclados y sin una clasificación coherente, se sucedían imágenes de la niñez y de la última semana, los consejos que escuchaba de su amiga más íntima en la preparatoria, el gato que le arañaba la cara cuando niño y un sinfín de escenas a sesenta y cuatro cuadros diferentes por segundo. Tanta información de golpe sin un ordenador causal era un terrible mareo de verdades a medias, un carrusel de emociones que tomaban la luz por milisegundos, un éxtasis divino que dejaba la dimensión temporal fuera de conciencia. La última imagen: un desierto en la

noche claramente iluminado por intensa luz de plata, detrás de él un lobo gruñe, voltea y a la par el lobo muerde su cara. Un impacto sordo y una línea de vacío. De golpe oscuridad y silencio. Todo se vuelve negro.

Cuando sus átomos de consciencia hicieron un cúmulo, pudo sentir que flotaba suspendido en el espacio. Abrió los ojos y lo ahogó un azul casi transparente que no le mojaba. Observó ondas en la cima. Era como nadar pero sin la necesidad de tener que respirar. Comenzó a moverse libremente, podía ir hacia cualquier lugar y nadó en todas las formas que se le ocurrieron. Hizo piruetas, giros, vuelos, viajó en todas direcciones. Sintió que la libertad total y radical estaba ahí. Unos instantes después estaba hartado, pues de nada servía una libertad total si no importaba en qué dirección tomara rumbo, si no existía diferencia alguna entre izquierda o derecha, adelante o atrás, quieto o en movimiento. Entonces se dirigió con calma hasta la superficie.

Sacó la cabeza y se sorprendió de verse flotando en el estanque que había diseñado, la casa oriental de frente, el fuego sereno a unos pasos. El área del agua era apenas una pequeña poza, pero al observar por debajo de ella el espacio se volvía una laguna ilimitada a su alrededor. Pensó que había logrado cambiar de lugar con el avatar de su juego. Quiso observar su cuerpo pero era imposible definirlo: podía sentir (*o recordar cómo se sentía tener*) sus extremidades: caminaba, prensaba, pateaba, se inclinaba como siempre lo había hecho, pero no podía definir su textura. Era sólo un amasijo de energía que tomaba la forma de la acción sin llegar a definirse visualmente. Una desbordante sensación de extrañeza al no tener una identidad fija y observable comenzó a corromper su tranquilidad. Se dirigió a la casa a buscar algún espejo pero apenas abrió la puerta su esperanza quedó fulminada

como por un acero frío: más allá de la fachada se extendía un pasillo infinito lleno de oscuridad, no había muebles, ningún otro cuarto, ninguna textura diseñada. Lo que había sido su mayor fantasía para escapar del mundo se volvía ahora una pesadilla terrible. *¿Y si quedaba atrapado ahí por siempre?* Tantas ocasiones después de haberse conectado en su computador antes de dormir, había fantaseado con vivir apartado del mundo en su espacio idílico y personal, en un núcleo digital donde sólo estuviera él fuera del tiempo, sin cicatrices, sin gente, libre y sólo... ahora comenzaba a conocer la verdadera crudeza de la soledad infranqueable. Cerró la puerta tras de sí y se sentó de frente al negro vacío. La oscuridad comenzó a abrazarlo y traspasar sus límites, introduciéndose en su pequeño cúmulo de conciencia. Intentó desesperadamente recordar cómo era su cuerpo, cómo se movía al caminar, qué cosas le gustaban, en qué actividades gastaba el tiempo y la dopamina, pero todos los cajones de sus recuerdos estaban inaccesibles o vacíos. Sencillamente la negrura casi conquistaba la poca luz que había logrado reunir para iluminarse a sí mismo.

-*¿Y si ya no puedo volver a reconocerme?*"- el pánico le oprimió el pecho de una punzada. Llevaba años evitando su reflejo en los espejos, había roto todos los que tenía en casa (cristales, ventanas, platos, vasos y demás objetos de refracción), dejó de mirarse en los escaparates de las calles, incluso apartaba la vista de las gafas que lo mirasen. Sentía un secreto odio hacia su figura blasfemita, su cuerpo carcomido por los demonios que tomaron la vida de su carne y el color de su voluntad. Ahora no podía encontrar en su recuerdo mas que un angulado rostro distorsionado por la mala opinión que tenía de sí mismo, la perversa caricatura de un diablo enjuto que respira moscas y exuda azufre por los poros. Los pocos destellos rojizos y pardos que se alzaban en el óleo de su mente eran los reflejos de la

visión negativa que tenía de sí. En su representación deformaba su imagen a tal grado que a sus ojos no era más que un monstruo que merecía la soledad y el espanto. Como relámpagos brotaban estas imágenes distorsionadas y no podía discernir con claridad si era su recuerdo fiel o demonios que le atormentaban. Entonces abre lo que debieran ser sus ojos y mira la profundidad del abismo... como el eco de sus pensamientos, regresa ante él la figura sórdida en que imaginaba haberse convertido.

Lamentaciones, sollozos, el fuego purificador que carcome al que pena y se arrepiente en el corazón. Siente que arde y se quema eternamente en su propia conciencia. De entre tantos retratos de horror que fue apilando en su imagen, emerge como pétalo fresco un recuerdo bello: Una foto vieja donde tiene cuatro años, sonriendo feliz junto a un enorme perro blanco del hielo, y un triciclo. Esa imagen de inocencia le redime y reconecta con la corriente vital de la que se alejó paso a paso hasta una vereda infranqueable.

Con la mirada clavada en la oscuridad distingue un pequeño punto claro en la distancia, se pone de pie y comienza a seguirlo. Mientras avanza lo vapulean recuerdos que saltan inconexos frente a él: hormigas que suben por su cuerpo, él sentado a la mesa de sus abuelos comiendo una sopa que le sabe a gloria, una charola de galletas recién salida del horno, perros que lo persiguen en juego y a la vez tirándole mordidas; él, colgado de los pies en la rama de un árbol pequeño, la tos que siguió la primera bocanada de cigarro, un partido de fútbol bajo la lluvia, un escondite solitario entre espesos matorrales, un juguete deteriorado escondido en el hueco de un árbol viejo, las únicas palabras de amor que escuchó salir de una montaña vieja... Puede verlo todo desde la primera persona, pero

cuando trata de reconocerse en sus recuerdos sigue siendo borroso e indefinible. Siente una amargura que le carcome la poca alma que le queda.

Ha llegado al sitio claro, es una escalera corroída en medio de la negrura total. Ya no hay vuelta atrás. Sube. Cada nuevo peldaño implica el doble de fuerza. Todo comienza a ponerse borroso a su alrededor y tiene el presentimiento de que pronto será su fin, pero no quiere quedarse tendido a media escalera, sin rostro, en medio de las tinieblas más oscuras que ha transitado. Llega al último escalón, empuja una pesada madera sobre su cabeza y se abre un nuevo espacio: está en la cima del techo arqueado de la casa oriental de madera. El lago se ve como un minúsculo punto a esa distancia. Los cerezos desperdigados y los escasos bambús son apenas unas rápidas pinceladas en el lienzo oscuro que se extiende a sus pies. Mira el fuego y en las llamas puede reconocer sus ojos, su voluntad, sus sueños y su enorme apetito de discordia y autodestrucción. Siempre supo que era la única salida: El fuego es justo y purifica todo lo que toca. Es el único capaz de redimir y procurar el olvido. Prefiere desaparecer a vivir eternamente atrapado en esa pesadilla donde no termina de reconocerse, donde desaparecerá del todo su propio recuerdo. Salta, gira y se deshoja, apunta con su cabeza al fuego y se asegura de no cerrar los ojos hasta el juicio final. En sus últimas imágenes se recuerda mirándose con amor frente al espejo de su baño, antes de ese fatídico día en que se enganchó a la soledad inquieta, con su sonrisa amplia y blanca, unos ojos cristalinos llenos de vida, y un futuro prometedor que lo mantenía confiado. Baja esperando el impacto. Todo se vuelve un caleidoscopio blanco, rojo y negro.

Eran las 2:33 de la madrugada en el cuarto del hospital donde hacía semanas estaba en recuperación. Algunos familiares habían acudido a darle seguimiento a su estado pero después de varios días difíciles ya no estaban pendientes todo el tiempo tras la puerta, sobre todo después de la noticia del coma tras la operación. En esa madrugada de miércoles abrió los ojos con un grito sordo y levantó la cabeza queriéndose incorporar, aunque tenía muy pocas fuerzas y músculos para lograrlo. Miró el techo y distinguió las primeras formas básicas y los colores. Recordó de golpe por qué estaba ahí. Se quitó de un tirón el catéter de la vena y los sensores de su pecho. Miró su cuerpo que parecía un cadáver bajo la bata, con la poca carne pegada a los huesos, pero aún en ese estado famélico se sintió dichoso y agradecido de estar vivo. Lloró como un niño, como sólo se puede llorar cuando se está a solas y se siente arrepentimiento y dicha a la vez. Se puso de pie ayudándose de los muebles y el mobiliario médico a su alrededor, se dirigió al baño. Un espejo era lo único que necesitaba, le apuraba la urgencia de reconocerse después de sentirse extraño y perdido en el profundo mar de su inconsciencia. No logró encontrar el interruptor para encender la luz, su visión aún no se acostumbraba a distinguir, pero se guió con el tacto hasta encontrar el lavabo. Levantó su mirada y trató de enfocar el espejo: pudo observar los trazos blancos de una liviana venda que le tapaba toda la cara. Como escondidos detrás de los surcos blancos, unos pequeños ojos trataban de encontrarse a duras penas consigo mismos. Una vez que se reconocieron libres de las decenas de venillas rojas, limpios después de más de una década de ocultarse tras las sustancias y la vida al límite, brillaron por fin como una canción bella que rompe el silencio. Un par de lágrimas reflejaron su redención en una pureza cristalina que solo él pudo contemplar.